

A FONDO: **JOHN HOLLOWAY**, POLITOLOGO

Por Mabel Thwaites Rey

"Quienes mandan tienen que obedecer a sus representados"

Superar el mito de conquistar el Estado. El profesor John Holloway plantea que para transformar la sociedad hay que abandonar la idea de tomar el Estado. Apoyado en una larga trayectoria en las universidades de Edimburgo y Puebla, cuestiona las prácticas políticas tradicionales, incluidas las más críticas y revolucionarias. En contraposición, rescata la experiencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y la idea del Subcomandante Marcos de que el cambio radical no es una meta sino un camino. Así lo expone en su libro "Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder" (Antídoto), que saldrá en marzo. Estuvo pocas semanas atrás en Buenos Aires, invitado por la Universidad de Buenos Aires.

- En su libro "Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder" usted repasa las miserias del capitalismo e insiste en la necesidad de superar este sistema social. ¿Es posible hacerlo?

- Este es un momento en que la crisis vuelve más palpable que nunca lo absurdo del capitalismo actual. Uno ve tanta gente en la miseria, tantos jóvenes capacitados que simplemente no tienen la posibilidad de desarrollar su potencial por causa del sistema social... Y no sólo en la Argentina, por supuesto, sino en todo el mundo. Aun si no está de moda hablar de transformaciones profundas, como en los años setenta, me parece que es muy importante en este momento decir abiertamente que un cambio social radical es más urgente que nunca. Pero el problema es que, aunque casi nadie negaría la injusticia del capitalismo, no vemos alternativa, no vemos cómo se podría cambiar la sociedad. Y la experiencia del último siglo parece decirnos que este cambio es imposible.

- ¿Cree que fracasaron todos los intentos de superar el capitalismo?

- Basta ver lo que pasó con las revoluciones rusa y china, con todos los movimientos de liberación nacional. Y también si se ven los resultados de los triunfos electorales de partidos de izquierda o socialdemócratas en todo el mundo se advierte que, en ningún caso, ni por la vía revolucionaria ni por la reformista, se ha logrado implementar la transformación prometida. Entonces, parece que un cambio es imposible, que estamos condenados al capitalismo y lo único que podemos hacer es amortiguar los desastres que provoca. Pero la causa de estos fracasos del último siglo reside en que todos vincularon el cambio social radical con la toma del poder estatal, sea por la vía violenta o por la vía electoral. Esos fracasos no se pueden entender sólo en términos de traición.

- La traición es, precisamente, lo que a menudo aparece para explicar los incumplimientos de las promesas que los partidos les formulan a sus seguidores.

- Creo que toda la historia del último siglo, y especialmente la de la izquierda, es una historia triste de promesas incumplidas. La traición es una categoría central del

análisis de la izquierda: "un gobierno tras otro nos ha traicionado", se dice. Eso me parece absurdo, porque no se puede explicar en términos de traición. No es simplemente que el mundo está lleno de traidores. A lo mejor sí y puede ser que todos los políticos sean traidores de profesión, pero esa no me parece una buena explicación. En cambio, creo que hay que reflexionar sobre por qué hay tantas "traiciones". La única explicación es ver que el Estado está mucho más integrado en la estructura capitalista de lo que parece, que el Estado es una forma de relaciones específicamente capitalistas. Ningún Estado tiene la capacidad de implementar medidas que vayan totalmente en contra del capital, porque si lo intenta provocará una huida muy grande del capital. Lo único que puede hacer un Estado, sea el gobierno de izquierda o derecha, es tratar de satisfacer los requerimientos de la ganancia capitalista.

- ¿Es para eludir el dilema de la traición que usted plantea que no se trata de tomar el poder del Estado para cambiar la sociedad?

- De lo que hablo en el libro no es simplemente de un planteo teórico, porque me parece que lo que está pasando en los últimos años, y muy claramente desde el 1º de enero de 1995, cuando aparecieron los zapatistas por primera vez en México, es el crecimiento de movimientos que desvinculan la idea de cambio revolucionario de la idea de toma del poder estatal. Los zapatistas dicen muy claramente "no queremos tomar el poder y sí queremos hacer un mundo nuevo", y me parece que esta desvinculación entre cambio radical por un lado y Estado por el otro, es algo que está muy presente en muchos otros movimientos, como Los Sin Tierra de Brasil, en algunas expresiones de los piqueteros o en los jóvenes que realizan "escraches" a los represores en la Argentina. También es un elemento muy importante en el movimiento antiglobalización mundial.

- Hoy se habla mucho del declive de los partidos y del surgimiento de los nuevos movimientos sociales como expresiones políticas renovadoras. ¿Cree usted que ambas instancias de participación son antagónicas o complementarias?

- Lo que sucede es que, mientras los partidos históricamente canalizaron la rebeldía popular dentro de las reglas estatales, el surgimiento de los nuevos movimientos sociales es simplemente la búsqueda de desarrollar formas de rebeldía que no se dejan canalizar dentro de los formatos estatales.

- Sin embargo, la mayor parte de los reclamos de los movimientos sociales se dirigen al poder estatal. ¿Pueden, entonces, mantenerse al margen del Estado?

- Está claro que hay una relación con el Estado. En el caso de los zapatistas, la marcha que hicieron en febrero y marzo del 2001 hacia la ciudad de México fue para pedir la aceptación e implementación de una nueva legislación indígena. Pero, a la vez, me parece que son movimientos muy conscientes de lo que implica la canalización dentro del Estado. Estos movimientos se tienen que ver como una búsqueda de nuevas formas de acción, que se están inventando en el proceso del hacer y están cargados de contradicciones. También me parece que es difícil, casi imposible, evitar todo contacto con el Estado. La cuestión es cómo manejarlo. En el caso de los partidos, el concepto mismo de partido quiere decir que toda la acción de la organización está orientada a la conquista del poder, de una forma u otra. Los zapatistas, si bien han hecho reclamos al Estado, han estado muy conscientes de la necesidad de asegurar que este contacto no determine sus formas de organización y de lucha.

- ¿Esto supone que el objetivo de la lucha ya no debe ser la conquista del

Estado?

- Claro. Porque el objetivo de conquistar el poder involucra inevitablemente una instrumentalización de la lucha, que se convierte en el medio para aquel objetivo. Entonces, aquellos elementos que no contribuyen al alcance de la meta propuesta son considerados secundarios o suprimidos. Así, se establece una jerarquía de las luchas que canalizan la confrontación y las termina empobreciendo. La iniciación en la conquista del poder inevitablemente deviene en una iniciación en el poder mismo. Desde esta perspectiva, se da prioridad a la acción dirigida hacia el Estado, y otros tipos de experiencia (las relaciones afectivas, los vínculos interétnicos, la lucha por los derechos humanos, etc.) reciben una importancia secundaria. La misma separación entre lo público y lo privado, entre lo serio y lo frívolo, entre quienes realizan un trabajo intelectual y uno manual, entre quienes deciden y quienes obedecen, que está en la base de la existencia del Estado, se reproduce dentro de la organización revolucionaria o reformista.

- ¿Quiere decir que lo que corrompe y degrada es el pretender alcanzar el poder?

- Usamos normalmente poder en dos sentidos totalmente opuestos: por un lado, hablamos de poder como de aquella capacidad de hacer cosas. Este "poder hacer" es siempre un poder social, en el sentido de que no se concibe un hacer que no dependa de otro hacer. El hecho de que estemos aquí hablando no es sólo la unión de dos haceres (el suyo y el mío), sino también del hacer de la gente que fabricó la mesa, las sillas, el grabador. Entonces, el hacer es siempre un "poder hacer social". Pero en las sociedades capitalistas, esta potencia está condicionada, limitada, por el "poder-sobre", que es el poder de mandar a otros, el poder de dirigir, de dominar.

- La cantidad de desocupados que hay en el mundo y en la Argentina, por ejemplo, ¿implica que se está expulsando a millones de personas de su "poder hacer", de trascender con su propio trabajo, porque no encuentran un empleo remunerado?

- Exactamente. El hecho de que el poder hacer existe bajo la forma del "poder sobre" rompe, fractura, al "poder hacer". Condena a los desocupados a no hacer nada, pero también implica una devaluación de lo que hace la gente fuera de la relación capitalista directa. Es muy común, por ejemplo, que si se pregunta a una mujer "¿qué hacés?", diga "no, yo no hago nada, sólo soy ama de casa"; y obviamente ser ama de casa es un hacer muy importante, pero es un hacer desvalorizado por la forma existente o dominante de la organización del hacer como capital. Porque al hacer no directamente remunerado no se lo considera un hacer.

- Un informe reciente del Banco Mundial plantea la importancia de ayudar al desarrollo del "capital social" —"tercer sector" de organizaciones sociales— para el crecimiento de las naciones. ¿Sería éste el reconocimiento de la imposibilidad actual de la sociedad capitalista para incorporar productivamente a todos sus habitantes?

- Lo del Banco Mundial es muy importante, porque subraya que el capital es un movimiento constante de intentar la asimilación de todo movimiento de resistencia. Sucede que hay mucha gente que está buscando recetas para salir de la situación, pero no puede haber receta, porque una vez que la hay el capital se mueve para asimilar esta forma de resistencia. La búsqueda no puede ser de una receta, sino un proceso constante de experimentación. Porque el desarrollo del poder hacer nuestro es el desarrollo de la creatividad.

- ¿Es necesario tener alguna definición de cuál es la sociedad a la que se aspira para luchar por transformar el mundo actual?

- Creo que la lucha anticapitalista es siempre una proyección que va más allá del capital. Porque la oposición al capital implica un sueño, una proyección de lo que podría ser. O también el intento de vivir lo que podría ser. Me parece que, por ejemplo, en las relaciones de pareja uno está buscando que no haya un "poder sobre". Y eso no es obvio, porque la relación es parte de una sociedad dominada por el poder sobre. Entonces, no es cuestión de crear un nuevo pensamiento, sino de, como dicen los zapatistas, escuchar. Es decir, escuchar la resistencia que existe en todos los ámbitos de la vida cotidiana y de las luchas organizadas. Insisto: el énfasis no tiene que estar en la meta, sino en el cómo de la política. El punto central es el mandar obedeciendo: quien mande tiene que obedecer a la gente que representa.

- ¿Cuál es el papel de las organizaciones?

- La organización es muy importante. Pero hay que evitar su cosificación. El problema es pensarla de una forma flexible y resolver el concepto de duración. Porque las relaciones sociales, al igual que las amorosas, se constituyen y reconstituyen todos los días o dejan de existir. En eso no hay diferencia entre el matrimonio y una organización revolucionaria.

- ¿Y cómo se cambia el mundo?

- La posibilidad de otro tipo de sociedad se tiene que fundamentar en las formas de resistencia que ya existen en la cotidianidad. Desde llegar tarde al trabajo o emigrar del país, desde participar en una protesta callejera a negarse a votar, hay muchas formas de resistencia al orden injusto. Son manifestaciones de un grito de rebeldía muy básico, pero indispensable para decir basta. Por eso digo que no podemos empezar por las organizaciones políticas, sino partir de la angustia de los hombres comunes, de todos, de cada uno.

Un teórico de la antipolítica

Después de una larga y prestigiosa carrera académica y de un persistente compromiso con el pensamiento de izquierda, este irlandés de tono pausado y amable ancló en el México del zapatismo. Libre de su obligación de enseñar semestralmente Ciencia Política en Edimburgo, que sostuvo por más de 20 años, pasa la mayor parte de su tiempo en Puebla, dando clases e investigando en la Universidad Autónoma. Junto a varios intelectuales mexicanos edita la revista "Chiapas", desde cuyas páginas se da un debate teórico muy importante sobre el zapatismo.

Para ellos, el EZLN constituye un quiebre fundamental respecto de toda una tradición de hacer política, que desconcierta a derecha e izquierda. Los seduce que este movimiento insurgente emerja de un sector social que no es la clase obrera y que no forma parte de un partido. Más llamativo aún es que no se proponga alcanzar el poder del Estado, sino cambiar de raíz y desde ahora el conjunto de las prácticas cotidianas. Otro rasgo inédito es el fluido intercambio entre los zapatistas y los intelectuales. Como dice la gente de "Chiapas", "empezamos a modificar nuestras formas de hacer política a partir del zapatismo, aunque nos resulta muy difícil todavía pensar que tenemos que autoorganizarnos y que no hay una vanguardia".

Desde la selva lacandona, Marcos sigue alentado una práctica que no se deja esquematizar, mientras los intelectuales como Holloway se esfuerzan por comprender sus rasgos más distintivos y novedosos